

II. SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Reseñas

John H. Coatsworth: *Central America and the United States. The Clients and the Colossus*, Twayne's International History Series, Akira Iriye (comp.), Harvard University, USA, 1994.

CENTROAMÉRICA: UNA IDENTIDAD PERDIDA

LA HISTORIA DE LOS SEIS PAÍSES que actualmente componen Centroamérica, que son Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica, y Panamá desde 1903, es dramática y compleja aun cuando, por el dominio absoluto y radical que sobre ellos ha ejercido Estados Unidos, parece simple y carente de interés. Tan es así que los estudiosos de las ciencias sociales, de la historia, la economía, la sociología o la política, difícilmente encuentran acontecimientos singulares que despierten su curiosidad por conocer a profundidad los procesos propios de la sociedad centroamericana. ¿Para qué estudiar Centroamérica si todo lo que allí sucede depende de las necesidades e intereses económicos y políticos de las compañías bananeras norteamericanas? ¿Qué interés puede despertar el estudio de la historia centroamericana si los hilos más significativos siempre conducen a, o se originan y resuelven en las oficinas menos importantes de Washington? ¿Qué puede aportar al conocimiento el estudio de una región que ha tenido la desventura de ser definida por sus carencias naturales y sus imposibilidades políticas?

Ciertamente, la historia de los países que integran la región está definida por la injerencia política, económica y "diplomática" de Estados Unidos, que se ha ido adecuando a los tiempos y necesidades norteamericanos, y ha distorsionado las características socioculturales de la población tan profundamente que resulta difícil encontrar las raíces de la identidad de cada uno de los países. Parecería que el poder norteamericano les robó el alma, los despojó de su espíritu—singularidad histórica— y los convirtió en recipientes vacíos siempre disponibles para ser llenados con las teorías y prácticas de dominio que eran inaceptables en cualquier otra región del mundo.

Esas condiciones, precisamente, invitan a realizar estudios de largo alcance histórico que expliquen la realidad propia de cada uno de los países centroamericanos y encuentren y definan las causas que permitieron y auspiciaron la clase y el tipo de dominio de los Estados Unidos. Ése fue el empeño de John Coatsworth en la obra que ahora reseño, por más que el libro se encuentra acotado o limitado por el hecho de formar parte de la serie Twayne y como tal se escribe desde la visión, planes y objetivos de la política exterior estadounidense. Ese propósito responde, como registra Akira Iriye en el prefacio, al predominio que ejerce Estados Unidos en el mundo de la postguerra y, también, a que las aventuras norteamericanas están más documentadas que las de los países con quienes tiene relación.

[289]

Coatsworth asume la tarea en los términos que plantea la serie Twayne: seguir el éxito o el fracaso de la política estadounidense, según sus propios términos, y medir su impacto en el desarrollo de Centroamérica a partir de 1945. Conforme ese plan, evita —previene él mismo en la introducción— la tentación de discutir la política norteamericana de acuerdo con los parámetros que han seguido otros autores y que, de hecho, han definido la historia local e internacional de los seis países de la región: la tardía conformación de una clase dirigente hegemónica o inexistente en algunos casos, los intereses y relaciones económicas de las compañías privadas, y la pobreza y la inequitativa distribución de la riqueza que es propia de estos países.

Coatsworth no cumple, y en buena hora, con su cometido. Antes de entrar en materia, dedica dos capítulos, de una gran riqueza histórica y sociológica, a explicar las condiciones locales e internacionales que permitieron que Estados Unidos dominara, en la forma en que lo hizo, en Centroamérica. Una vez sentados los precedentes, el autor describe la política exterior norteamericana desde 1945: la guerra fría, la Alianza para el Progreso y su decaimiento, los años de la contrarrevolución y, finalmente, Centroamérica después de la guerra fría. Puede decirse que el libro *Centroamérica y los Estados Unidos. Los clientes y el coloso*,¹ está conformado por dos textos mutuamente relacionados pero independientes: el primero aborda el estudio de la historia del dominio de Estados Unidos en Centroamérica de 1838 a 1945. Y el segundo, que es la materia central de estudio de Coatsworth, da seguimiento a la política exterior de Estados Unidos en la región de 1945 a 1990, es decir, al período que va de la furia anticomunista y el mundo bipolar a la caída del socialismo.

Es difícil dar cuenta de una obra tan ambiciosa, tanto por la extensión del período en estudio, prácticamente dos siglos, como por los sentimientos encontrados que suscita. No obstante la escritura de Coatsworth, de una gran claridad en los planteamientos y de una acabada redacción, facilita la tarea. Debo aclarar que otorgo gran importancia, al igual que el autor, a la exposición de los que podríamos llamar antecedentes históricos de la época en estudio (1945-1990), que comprende los dos primeros capítulos, dado que sugieren líneas de investigación sobre la identidad perdida centroamericana, que pueden ser retomadas por otros estudiosos.

SUMA HISTÓRICA DE DEBILIDADES (1821-1900)

Centroamérica, al contrario de México y de los países andinos, no representó el paraíso terrenal para los conquistadores dado que no contaba con yacimientos minerales susceptibles de explotación. La pobreza de su subsuelo la condenó y amarró a la desgracia económica y al infortunio político. Como consecuencia, escasas leyendas y pocos mitos se construyeron en esta tierra tropical de verdes in-

¹ Traducción literal mía del título en inglés: *Central America and the United States. The Clients and the Colossus*.

tensos y vegetación exuberante. Parecería que la pasión y la desmesurada ambición que despertaba México restó importancia a esta región sede de la Intendencia de los confines.

El abandono de la Corona española fue tan radical, que cuando las luchas independentistas se anidaron en la América hispana los cinco países que integraban la región carecían de recursos propios para sustentar sus anhelos libertarios. En busca de la fuerza y del poder de que carecían volvieron los ojos a México, que después de una década de luchas sangrientas (1810-1821) había proclamado su independencia. Las negociaciones con el "imperio" que encabezaba Agustín de Iturbide a fin de que la región formara parte del nuevo Estado mexicano, condujeron al desastre. Las divergencias y los conflictos entre Guatemala y México por la región chiapaneca y el Soconusco incidieron en la decisión que tomaron los cinco países de Centroamérica: bajo el liderazgo del partido liberal, decidieron unir sus debilidades para adquirir fuerza. Así nació la nación centroamericana, o Federación de las provincias de Centroamérica, que sobrevivió hasta 1838 cuando cada uno de los países se erigió en un Estado soberano e independiente tal y como los conocemos hoy día. La situación de la República Centroamericana era agobiante al momento de su fragmentación, según registró el presidente del Congreso federal que tomó la decisión:

No hemos podido hasta aquí consolidar un Gobierno estable [...] No tenemos ningún crédito en el exterior ni en el interior [...] No existen ni el comercio ni la agricultura en el estado de prosperidad que debieran [...] No tenemos más hombres de luces que nos ayuden a promover el bien y salvar la patria.²

En 1838, los países centroamericanos tenían pocas esperanzas en el futuro y compartían las mismas limitaciones que los hacían inestables: poco territorio y escasa población, dificultades financieras, desigualdades sociales profundas y una élite económica y política débil. Así, el sueño de Francisco Morazán de crear y consolidar la unidad centroamericana y sustentar un desarrollo independiente y soberano se perdió para siempre. Su proyecto, ambicioso, de fundar un Estado moderno era irrealizable en la Centroamérica de esos años porque no se contaba con el grupo social idóneo para llevarlo a cabo. Es decir, se carecía de una clase media productiva, comercial e ilustrada que pudiera defender sus intereses. Sin defensas, el territorio y sus habitantes eran presa fácil para los aventureros ávidos de gloria, poder y fortuna.

En medio de la pobreza, en todos los órdenes de la vida pública y privada, Centroamérica despertó la codicia de Estados Unidos no sólo en razón de sus propósitos expansionistas, sino por la urgencia de construir un canal interoceánico. Por ser los más idóneos para ese propósito, Nicaragua y Colombia sufrieron la presión del coloso del Norte, como lo llama John H. Coatsworth. Tales empeños fueron irrealizables en territorio nicaragüense porque la lucha entre liberales y con-

² Discurso de Basilio Porras en la clausura del Congreso federal el 20 de julio de 1838. Citado en Adalberto Santana, 1992, *El pensamiento de Francisco Morazán, 500 años después*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, p. 39.

servadores, que mantuvo en guerra a México y Centroamérica, se convirtió en la mascarada que ocultaba la pugna entablada entre Estados Unidos e Inglaterra por el control de la región y el codiciado istmo para la construcción del canal interoceánico. De esa manera, mientras los británicos apoyaban a los conservadores, los norteamericanos fortalecían a los liberales. Por otra parte, los partidos políticos de las otras naciones centroamericanas también intervenían en las luchas intestinas particulares para apoyar a las fracciones que les eran aliadas y de quienes esperaban una participación oportuna en las luchas por el poder local. Las intervenciones inglesas en Honduras y Nicaragua en 1842 ponían en evidencia, como dijera Francisco Morazán, que de no defenderse la integridad territorial se despertaría la codicia internacional. Además, dichas intervenciones contarían con el apoyo de los gabinetes “fuertes” de tal manera que ninguna porción de terreno nacional quedaría a salvo. “Porque la codicia no conoce límites cuando encuentra un débil pretexto en qué fundar sus pretensiones, y un apoyo en las arbitrariedades de un Gabinete poderoso”.³

Fue una profecía trágica que se ha venido cumpliendo, invariablemente, desde entonces hasta hoy día. Como ejemplo de iniquidad se puede poner la invasión de las fuerzas de William Walker a Nicaragua, en 1855. Un año más tarde, este filibustero impuso su gobierno espurio, con el apoyo del gobierno norteamericano, lo que fue una burla a la identidad centroamericana. Tal agresión y atropello, que a la distancia de casi dos siglos parecen innecesarios, determinó que el régimen de Walker fuera combatido por las fuerzas militares de las otras cuatro naciones hermanas (Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Honduras). Como resultado, Estados Unidos y los liberales que los apoyaban se desprestigiaron abriendo camino a los gobiernos conservadores y sus aliados los británicos.

Dados los conflictos en Centroamérica, los Estados Unidos negociaron con Colombia, en 1846, la firma de un tratado que, garantizando la soberanía del país latinoamericano, permitiera el tránsito de las mercancías estadounidenses por el istmo de Panamá. Pero los acuerdos y tratados del coloso del Norte no fueron confiables: en 1903 apoyó la decisión panameña de separarse de Colombia. El acuerdo firmado entonces con Panamá era similar al establecido con Colombia en el siglo XIX: los Estados Unidos protegerían “la soberanía” del país naciente en contra de los intereses de la república sureña. A cambio de la “protección”, Panamá concedía que se construyese el canal y que la zona por él comprendida se considerara soberana e independiente del gobierno nacional. Este país se convirtió así en un protectorado de Estados Unidos hasta 1938, por un nuevo acuerdo firmado en la región y por el fracaso de la política del “buen vecino” practicada por el presidente Franklin D. Roosevelt (1933-1945) ante los conflictos que ya se avizoraban y que desembocarían en la segunda guerra mundial.

Los acuerdos firmados con los británicos en 1850 dejaron libre el camino para que Estados Unidos se entronizara como un poder absoluto en la región, en el momento en que se iniciaba la expansión económica, en la segunda mitad del si-

³ “Exposición del General Francisco Morazán al Gobierno del Estado de Honduras (Manifiesto desde la Unión)”, en Adalberto Santana, *op. cit.*, pp. 114-115.

glo XIX, con la comercialización del café. El éxito obtenido por este producto demostró que Centroamérica podía ser un paraíso para los inversionistas norteamericanos. Así, en 1880, en pleno auge de las plantaciones del café, se inició el cultivo del oro verde: las plantaciones bananeras estadounidenses se convirtieron en las dueñas y señoras de las tierras y de la economía y la política de los países centroamericanos.

Coatsworth demuestra que las condiciones que permitieron esa explotación, casi diabólica, descansaban en la composición social que se había heredado del período colonial y en las características físicas y geográficas de cada uno de los países centroamericanos: las similitudes que los hermanaban no acababan de anular las diferencias que los distinguían. Así, Nicaragua y Panamá tuvieron un desarrollo singular por las ventajas que ofrecía su territorio para la construcción del canal interoceánico; Guatemala y El Salvador, al igual que Nicaragua, disponían de una oligarquía terrateniente que realizó fuertes inversiones en el cultivo del café. De esos tres países, sin embargo, solamente El Salvador se distinguió por los enfrentamientos con los pueblos indios por sus tierras y su fuerza de trabajo. En Nicaragua la élite cafetalera se instaló en la costa del Pacífico y las élites bananeras en el Caribe, tal como sucedió en Costa Rica pero, a diferencia de esta última, que supo aprovechar en su beneficio, mediante impuestos, la instalación de las compañías bananeras, Nicaragua careció de esa posibilidad porque la mayor parte de su costa caribeña era protectorado británico. Por otra parte, al igual que El Salvador, su gobierno era controlado por la oligarquía cafetalera.

Entre Honduras y Guatemala había grandes diferencias sociales. Guatemala contaba con una población indígena mayoritaria que tenía a su favor la experiencia de una larga lucha contra el abuso del gobierno colonial. Era, por tanto, una población politizada acostumbrada a luchar por sus derechos. Por otra parte, las tierras y los pueblos indios se encontraban situados en las montañas, de manera que no eran idóneos para el cultivo del café. Como consecuencia, la oligarquía terrateniente no entró en conflicto con los pueblos indios por su tierra sino por su fuerza de trabajo. A la muerte del conservador Rafael Carrera, quien tomó Guatemala el 13 de abril de 1839 y había sido apoyado y sostenido en el gobierno por los pueblos indios, el gobierno liberal que lo sucedió emitió una serie de leyes a fin de obligar a la población indígena a abandonar sus pueblos y emigrar hacia las tierras de los valles en donde se establecieron las fincas cafetaleras. La oligarquía cafetalera de Guatemala era tan fuerte y poderosa como la salvadoreña pero, como no entró en conflicto por las tierras con los poblados indios, su desarrollo fue menos violento.

Honduras en cambio sólo contaba con una élite ganadera en la zona de Olancho, y la región indígena más fuerte se concentraba en la Mosquitia, que estaba en manos de los ingleses. El resto de su territorio se distribuía entre pequeños propietarios que a raíz del ingreso de las compañías bananeras norteamericanas, que se establecieron en la costa atlántica, empezaron a intervenir en el mercado internacional. Sin oposición local, puesto que no se contaba con una oligarquía terrateniente que se hubiera consolidado por el éxito comercial del cultivo del café ni con una adecuada distribución de su territorio, como sucedió en Costa Rica,

las compañías bananeras ejercieron una fuerte influencia política en el país desde la primera década del siglo XX. La estabilidad del gobierno hondureño y las fortunas particulares fluían de las compañías bananeras.

Por estas condiciones, es decir, un gobierno débil sostenido por las compañías bananeras y una élite —que no oligarquía— heterogénea, Honduras era, en realidad, el paraíso para las compañías extranjeras de Estados Unidos y para sus vecinos centroamericanos y mexicanos. En este sentido destacan la fortuna y el poder político que ejerció en la costa atlántica hondureña el mexicano Manuel García Rivera, originario de Sabinas Hidalgo, en el estado de Nuevo León. La compañía que fundó don Manuel, Plantaciones de Birichiche, se constituyó en el reducto y la fortaleza de los pequeños propietarios hondureños de la costa atlántica, que resistieron el embate y atropello de la United Fruit Company en los años veinte y durante el gobierno de Tiburcio Carías Andino y su partido El Nacional.⁴

En suma, con excepción de Costa Rica y Honduras, todos los países centroamericanos contaban con una oligarquía terrateniente que pronto fue colocada bajo el tutelaje de los Estados Unidos. Costa Rica, en cambio, pudo contar con un desarrollo agroexportador más equilibrado que le permitió fundar instituciones democráticas. Honduras, según sugiere Coatsworth, se mantuvo como el país más atrasado de la región porque sus grupos económicos no supieron colocar su producción en los mercados extranjeros.

Panamá, incorporada a la región en 1903, compartía algunas características con Honduras y tampoco contaba con una oligarquía terrateniente. Pero, a diferencia de este país, no dependía de una compañía extranjera sino de un gobierno extranjero cuyas fuerzas militares, administradores civiles, trabajadores e inversionistas ocupaban la mayor parte de su territorio. El canal de Panamá ayudó a que la sociedad panameña y su política fueran particularmente permeables a la influencia de los Estados Unidos.

Las clases dirigentes centroamericanas, débiles desde todos los puntos de vista, poca resistencia podían poner frente a los propósitos expansionistas estadounidenses: por el contrario, se vieron obligadas a aceptar limitaciones en su soberanía e independencia nacional. Incluso la beligerancia que manifestaron de 1838 a 1900 debido a que, en su búsqueda de fuerza, se aliaban unas contra otras, brindó la excusa para que Estados Unidos interviniera como “pacificador”.

La búsqueda de la intervención de otra potencia extranjera para equilibrar el predominio norteamericano, curar un mal con otro, tampoco pudo aplicarse en Centroamérica porque sus posibilidades económicas no despertaban interés o ambición algunos. Por otra parte, los esfuerzos por encontrar un aliado en Ale-

⁴ Como informa Coatsworth, la United Fruit Company se constituyó en 1899, por la unión de la Minor C. Keith que operaba en Costa Rica y la de Lorenzo Jones en Honduras, con gerencia en Boston, Estados Unidos. La United Fruit Company tenía como competidoras a la Standard Fruit y a la Cuyamel de los hermanos Baccaro de Nueva Orleans. Esta última fue absorbida por la United Fruit, que entonces extendió sus operaciones a Guatemala, Nicaragua y Panamá. La United Fruit Company también controlaba el servicio ferroviario, las conexiones marítimas y los servicios bancarios de todos los países en que se instaló. Solamente El Salvador se quedó fuera del “negocio” de la exportación de bananas.

mania fueron bloqueados por la primera guerra mundial, acontecimiento bélico que también cercenó los intercambios comerciales con Francia e Inglaterra. Los factores internacionales combinados con la debilidad intrínseca de los países de la región permitieron el establecimiento de ese sistema de dominio absoluto que ha coartado la libertad y autonomía de cada una de las naciones del Caribe y del Istmo. En ninguna otra región se aplicó con tanta beligerancia la doctrina Monroe y ninguna ha estado sujeta a la manipulación política y militar que se ha implantado en Centroamérica.

LA POLÍTICA DEL "BUEN VECINO" Y SU CREACIÓN DILECTA: LOS DICTADORES CENTROAMERICANOS

En las décadas de los veinte y los treinta, diversos países latinoamericanos trataron de liberar a la región centroamericana del oprobio a que estaba reducida, y muchos movimientos políticos y militares regionales (como el de Sandino en Nicaragua) intentaron combatir el yugo norteamericano. Esfuerzos todos que carecieron de éxito: Estados Unidos reforzó su presencia en la región a través de los recursos económicos que entregaba a manos llenas a todos aquellos que se avinieran a luchar contra sus hermanos y en favor de los intereses extranjeros. En aquellos países en los que existían grupos revolucionarios, como sucedía en Cuba y Nicaragua, los *marines* norteamericanos se encargaron de sofocarlos e imponer figuras militares que les garantizaran gobiernos aliados. Por ello reforzaron al general Fulgencio Bautista en Cuba y a la familia de Anastasio Somoza en Nicaragua. Como se sabe, ambos gobiernos se distinguieron, al igual que sus aliados, por la corrupción y la prepotencia militar y política que negaba la libertad y los derechos civiles de los ciudadanos.

Una vez sofocadas las rebeliones en el Caribe y Centroamérica, y frente al riesgo de la segunda guerra mundial, el presidente Franklin D. Roosevelt (1933-1945) realizó un cambio fundamental en la política exterior de Estados Unidos para Latinoamérica: la política del "buen vecino", que fue muy benéfica para el México de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho. Bajo su sombra se inició el despegue industrial de este país, que dio inicio a la etapa llamada de "sustitución de importaciones" o del "milagro mexicano". En Centroamérica fue el momento de las huelgas masivas de los trabajadores de las compañías bananeras y del inicio de movimientos sociales que desencadenaron dos procesos adversos para la vida política de esta región: el surgimiento de partidos conservadores y la imposición de dictaduras militares.

Durante los años de la política del "buen vecino" se transformaron las condiciones de Centroamérica. Se asistió a la crisis del modelo exportador y de sus oligarquías y al despertar de sentimientos libertarios que fueron contrarrestados por la fuerza militar regional y sus dirigentes, que daban mayor garantía a los norteamericanos. Así, surgieron los regímenes militares de Jorge Ubico en Guatemala y del general Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador; en Nicaragua se

creó la guardia nacional, que fue la fuerza y el sostén del dictador Anastasio Somoza y su familia, y en Honduras se había establecido un gobierno nominalmente civil que encabezaba Tiburcio Carías Andino, el cual otorgó grandes concesiones a la United Fruit Company. Las excepciones fueron Costa Rica, aun cuando el gobierno de Rafael Calderón Guardia dio grandes facilidades a los norteamericanos para salvaguardar y aprovechar las cuotas de importación del café concedidas por Estados Unidos y Panamá, bajo el gobierno de Arnulfo Arias en 1940, hasta que los Estados Unidos impulsaron el golpe de Estado de la guardia nacional panameña en 1941.

Con el pretexto de su seguridad, Estados Unidos fortaleció a los regímenes militares. Coatsworth concluye que la "política del buen vecino" y la segunda guerra mundial fueron determinantes para que la política exterior estadounidense en la región se definiera no en función de los tiempos nuevos sino del pasado. El golpe de Estado de Panamá en 1941 demostró cuán lejos estaba el coloso de soltar la presa que tenía asida desde 1838. Ninguna potencia extranjera competiría con el dominio de Estados Unidos en Centroamérica y ninguna tenía los recursos económicos para cooperar con el desarrollo económico de los países. Se inició entonces "el gran sueño norteamericano" de institucionalizar en América Latina la subordinación política y militar al menor costo posible, dados los enormes recursos que necesitaba Estados Unidos para proyectar su imperio al resto del mundo.

América Latina, con excepción de Argentina por su apoyo a los países del Eje, estableció relaciones clientelares con Estados Unidos a través del apoyo internacional a las propuestas norteamericanas a cambio de ayuda económica. Esta posición fue clara en la Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en San Francisco en 1945, en la cual, mediante el apoyo de los latinoamericanos, se aceptó incluir un artículo que autorizaba la formación de organismos regionales que deberían atender los conflictos que surgieran y que ya no se tratarían en el pleno de las Naciones Unidas.

LA DOCTRINA MONROE CONTRA LOS LATINOAMERICANOS QUE OPTARAN POR EL SOCIALISMO O COMUNISMO

Coatsworth señala que Estados Unidos centró su política de seguridad hacia Latinoamérica en el Tratado de Río de 1947 (Tratado Interamericano para la Ayuda Mutua), que permitió la alianza militar entre Estados Unidos y Latinoamérica a fin de acudir en apoyo de la nación que fuera atacada por fuerzas extranjeras. Pero, abriéndose un espacio de intervención mayor, los norteamericanos incluyeron el artículo 6, que establecía que podían intervenir siempre y cuando se atentara contra la paz de las Américas. Es decir, los Estados Unidos se establecieron en garantes de la estabilidad sociopolítica latinoamericana, que había sido el modelo seguido en Centroamérica desde 1838, y con la cobertura legal para reprimir a los organismos, sindicatos y partidos comunistas en los que pudieran gestarse alientos

de libertad con el apoyo de la Unión Soviética, que se había convertido en la alternativa posible al sistema capitalista y al dominio estadounidense.

La contrapartida política y diplomática del Tratado de Río se estableció al crearse la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948, en cuyos artículos se establecía, de manera contradictoria, el principio de la "no intervención". Simultáneamente, se cancelaron los precios preferenciales concedidos a las exportaciones agrícolas durante la guerra y, lejos de conceder ayuda para el desarrollo, los norteamericanos proclamaron las virtudes de la inversión privada y el comercio libre: la fuerza del capitalismo puro. Para estimular la inversión de capital extranjero, los países latinoamericanos tenían que ofrecer algunas ventajas como por ejemplo la eliminación de impuestos y, por supuesto, declararse anticomunistas. La diplomacia estadounidense conminó a los países latinoamericanos a sacar a los comunistas de los puestos gubernamentales y a reprimir a todos los que expresaran simpatía por el movimiento sindical y por la intervención del gobierno en la economía, que eran tendencias indistinguibles como socialistas y comunistas. Esta política anticomunista alcanzó una fuerza excepcional y se convirtió en el eje de la política exterior estadounidense, una vez que los comunistas alcanzaron la victoria en China en 1949, y al inicio de la guerra de Corea en 1950. Mientras tanto, los gobiernos militares centroamericanos fueron sustituidos (excepto el de Nicaragua) por gobiernos civiles, y Estados Unidos, como siempre, impuso la prioridad de su seguridad en la región.

Durante los años más intensos de la guerra fría (1947-1953) tuvieron lugar los dos acontecimientos centroamericanos más importantes de esta década, que se caracterizaron por la defensa a ultranza de los intereses de las compañías bananeras que se habían entronizado en la región, aun cuando dicha defensa se revistió con el pretexto de la lucha anticomunista encabezada por Estados Unidos a nivel internacional. Se trata, por un lado, de la revuelta que encabezó José Figueres en Costa Rica en 1948, con el apoyo de Estados Unidos, para reducir la influencia del partido comunista. En este país, prácticamente sólo los trabajadores de las compañías bananeras siguieron teniendo cierto ideario comunista. Por otra parte, en 1954, Estados Unidos propició en Guatemala el golpe de Estado del coronel Carlos Castillo Armas en contra del presidente Jacobo Arbenz, debido a la crítica que el Partido Comunista hizo a la United Fruit. En un hecho inaceptable para la oficialidad norteamericana, los comunistas guatemaltecos dirigían el sindicato de trabajadores bananeros que organizó una serie de huelgas en demanda de mejores condiciones de trabajo. La compañía bananera, presionada por el movimiento laboral, inició una campaña publicitaria intensa, en Estados Unidos, para convencer a la sociedad norteamericana de que el gobierno de Guatemala era controlado por Moscú y de esa manera legalizar una intervención armada en la región. Todo esto con el apoyo del embajador de Estados Unidos en Guatemala, Richard C. Patterson. En este contexto se dio el proceso electoral que llevó a la presidencia a Jacobo Arbenz, quien además del rechazo de Estados Unidos, enfrentó la oposición de la élite terrateniente y capitalista. Era lógico suponer que para fortalecerse, Arbenz continuara con la política reformista de su antecesor, el presiden-

te Arévalo y, cuando se intensificó la oposición estadounidense, buscó apoyo en el exterior.

Como demuestra Coatsworth, los comunistas no tenían la fuerza para organizar un gobierno fuerte en Guatemala y ni siquiera ocupaban las posiciones importantes del gabinete. En ese sentido no eran, en realidad, una amenaza para la seguridad de Estados Unidos ni constituían una alternativa "real" para su país. Es claro que el golpe de Estado que se organizó con la ayuda norteamericana respondió a la influencia de la United Fruit Company, que deseaba contar con gobiernos favorables a sus intereses. El contubernio de la compañía bananera con los altos mandos de Washington descansaba en la cercanía que existía entre ambos durante las administraciones de Truman y Eisenhower.⁵

De cualquier modo, el golpe de 1954 pone en evidencia no sólo la pobreza militar de Guatemala sino la pobreza diplomática de Estados Unidos durante esos años. Por otra parte, dicho golpe acalló toda manifestación de protesta a la intervención extranjera y provocó, asimismo, un cambio de política: Washington empezó a favorecer cambios regionales que parecían distinguirse por un nuevo "aliento democrático". De esa manera se impidió que Somoza invadiera Costa Rica en 1955 y se permitió que Ramón Villeda Morales, del partido liberal, subiera a la presidencia de Honduras y no el hombre fuerte del Partido Nacional, Carías Andino. Nada importó, por supuesto, la cruenta lucha sostenida en este país entre el ejército y la guardia nacional, ni los asesinatos y desaparecidos que, con sus ausencias, empezaron a pesar en la historia de Honduras. Por otra parte, de esta época viene la historia, también oscura y de nefastas consecuencias para los hondureños, de cuando fue permitido que las fuerzas políticas desplazadas de los otros países centroamericanos se instalaran en su territorio: el general Castillo y sus hombres se "asilaron" en Honduras en 1958 y el territorio fue tomado como la base desde la cual se volvió a intentar la toma de Guatemala. Sin duda, estos arreglos, manipulados por Estados Unidos a cambio de ayuda económica y militar, afectaron las relaciones y la unidad de los países centroamericanos y pusieron en entredicho el papel de los gobiernos hondureños que se prestaban de forma tan servil a los intereses norteamericanos.⁶ Los consabidos acuerdos militares entre Estados Unidos y Honduras dieron inicio a "la guerra sucia" que, con todas sus consecuencias, se instaló en el territorio hondureño y también en varios países latinoamericanos.

En los últimos años del gobierno de Eisenhower se empezó a cambiar el rumbo de la política exterior norteamericana en razón de que se percibió que era preciso "abrir" la región a nuevas propuestas sociales o se corría el riesgo de perder el control.⁷ Las propuestas coincidieron con el inicio de la Revolución cuba-

⁵ Véase la lista que incluye Coatsworth en la p. 87.

⁶ Una situación similar se dio, aunque de mayor gravedad por el momento histórico en que se realiza, cuando el territorio hondureño fue utilizado una vez más para organizar la "contrarrevolución" de las fuerzas desplazadas de Nicaragua: la odiada guardia nacional somocista encontró refugio, por las presiones norteamericanas, en Honduras.

⁷ Como signo de los cambios se procedió a la creación del Banco Interamericano de Desarrollo, a la estabilización de los precios de los principales productos exportados por Centroamérica y al apo-

na de Fidel Castro; en consecuencia, se decidió fortalecer a los ejércitos regionales como elementos clave de la "seguridad nacional" y crear un fondo de ayuda para la investigación y el establecimiento de infraestructura económica y social en América Latina, que administraría el Banco Interamericano de Desarrollo y no la CIA, la agencia de "inteligencia" de Estados Unidos cuyas actividades en América Latina eran, y son, ampliamente conocidas.

LOS TERRIBLES AÑOS SESENTA, SETENTA Y OCHENTA

La política de John F. Kennedy, llamada Alianza para el Progreso, que no dejaba duda de que se trataba de evitar cualquier otro "desprendimiento regional" al estilo cubano, tiene un vínculo muy estrecho con la administración de Eisenhower y se prolonga en el tiempo hasta la administración de Nixon. Aun cuando se afirmaba que se luchaba por "la democracia", la ayuda militar se incrementó y los generales, los hombres fuertes de los ejércitos latinoamericanos, dieron golpes de Estado en Honduras, Guatemala y El Salvador, así como en Argentina, Perú, Ecuador, República Dominicana, Brasil, Bolivia y Panamá. La región fue invadida por agentes de inteligencia, asesores militares, y diversas "misiones" tuvieron lugar en Centroamérica, mientras los militares acudían a entrenarse a Estados Unidos, que ya se embarcaba en la guerra de Vietnam.

La militarización del territorio centroamericano y de toda América Latina, con excepción de Colombia, Costa Rica, México y Venezuela; las condiciones económicas adversas para la mayoría de la población, y la ideología "comunista", pronto se tradujeron en movimientos de oposición a las dictaduras militares. Así, aparecieron los movimientos guerrilleros en Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Panamá durante la época del presidente Johnson. Después de un seguimiento bastante detallado, Coatsworth concluye que los resultados y los propósitos de la Alianza para el Progreso son cuestionables en razón de que estuvo impregnada de la necesidad de "defenderse" de la supuesta amenaza roja. No obstante asegura, y ciertamente tiene razón, que ninguno de los diez regímenes militares que sustituyeron a los gobiernos democráticos durante ese período realizaron golpes de Estado para prevenir un ataque comunista, sino por su compromiso de cooperación en el propósito de aislar a Cuba.

Lejos de esas pretensiones, la Revolución cubana ganó adeptos en diversos países, contribuyó a diluir la influencia de Estados Unidos en el mundo occidental y favoreció el desarrollo comercial de América Latina. El aspecto económico se vio favorecido por la crisis de la economía estadounidense y por la recuperación de los países europeos y de Japón, que tendieron a restablecer los mercados que existían antes de la segunda guerra mundial. El deterioro del poder político y económico de Estados Unidos en el hemisferio fundamentó la independencia

yo a la creación del Mercado Común Centroamericano, con todas las restricciones posibles para dificultar la industrialización de los países involucrados.

y libertad de América Latina: el coloso se había visto obligado a soltar la presa después de casi dos siglos de dominio.

Los conflictos en Centroamérica, violentos y desacreditados —como la conocida “guerra del fútbol” entre Honduras y El Salvador—, y los regímenes militares, eran una muestra tangible de la ineficacia “política” de Estados Unidos en la zona. Los problemas económicos y la represión de que hicieron gala los gobiernos centroamericanos, además de la serie de desastres naturales que devastaron la región —el temblor que destruyó gran parte de Managua, el huracán *Fifi* que arrasó con la agricultura de la costa atlántica hondureña, la más rica— determinaron el surgimiento de movimientos populares de protesta inéditos en la región. La reacción de las élites económicas a las demandas de mejores condiciones de trabajo y aumento de salarios estuvo determinada por su historia particular: en los países que contaban con una vieja oligarquía cafetalera, la lucha social se entremezcló con la aspiración de libertad política. Así, Nicaragua vio triunfar al Frente Sandinista de Liberación Nacional en contra del régimen somocista, y El Salvador y Guatemala se embarcaron en una guerra civil que duró casi dos décadas. Honduras volvió a ser el territorio base de la odiada guardia nacional de Somoza y la sede de la contrarrevolución. Costa Rica mantuvo su tradicional estabilidad y Panamá, gracias a los acuerdos Torrijos-Carter, espera recuperar la administración del canal, y su soberanía, en el año 2000.

El presidente James Carter (1977-1981) intentó dar un viraje en las relaciones con Centroamérica poniendo un mayor énfasis en la salvaguarda de los derechos humanos. Con ese propósito empezó a cortar la ayuda militar a Guatemala y El Salvador, que ya estaban de lleno en la guerra interna, y apoyó la caída del general López Arellano en Honduras en donde, después de varios escándalos de los militares que combinaban el comercio de la droga, las armas y la represión, se logró el establecimiento de un gobierno civil que se ha mantenido, con el liberal Roberto Suazo Córdoba, desde 1981 hasta la fecha.

Coatsworth se esfuerza en explicar las causas por las cuales la política de Carter dio resultado en Honduras y Costa Rica y no así en Nicaragua, Guatemala y El Salvador en donde la política exterior de Estados Unidos provocó serios descontentos, entre otras cosas, por el apoyo que había concedido a los regímenes militares opresores. Ciertamente, después de casi dos siglos de dominio es lógico establecer una relación directa entre las condiciones sociales prevalecientes en Centroamérica y las políticas de Estados Unidos. Sin embargo, también es lógico pensar, y el mismo Coatsworth lo deja ver en su texto, que la conformación social de la población centroamericana, propia del siglo XIX, se encuentra en la base de la problemática que se vive en la región de 1960 a 1980. Durante esos años, los países de la región contaron con márgenes de libertad e independencia de Estados Unidos que nunca antes, desde 1838, habían tenido. Aun cuando esa libertad fue gratuita, en el sentido de que no se debió a una lucha propia de los gobiernos centroamericanos sino que fue una consecuencia de la política exterior norteamericana en general, permitió aflorar las fuerzas sociales propias de cada uno de los países, que existían desde 1838 aunque soterradas por la hegemonía estadounidense.

Incluso los esfuerzos de Ronald Reagan por restablecer “la autoridad” de Estados Unidos en la zona fracasaron a pesar de que, por la crisis económica de 1981-1982, los países se habían vuelto más dependientes de la asistencia norteamericana que se empezó a traducir, de nueva cuenta, en incrementos notables de las fuerzas militares con excepción, por supuesto, de Nicaragua. Coatsworth evalúa este momento con gran lucidez: cuanto más tradicional era la ayuda menos control tenían los norteamericanos de los acontecimientos sociales. De hecho, el mundo se había diversificado, empezaban a surgir nuevas agrupaciones comerciales y políticas y los mismos países latinoamericanos tendieron a reforzar su liderazgo en la región.

Coatsworth sigue con atención las relaciones de la administración Reagan con la Nicaragua sandinista y con El Salvador, consumido por la guerra que libraban “los muchachos”.⁸ Pero también analiza en detalle la forma como Estados Unidos pretendió utilizar a Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá en favor de sus intereses y en contra de los esfuerzos de paz que realizaban México, Colombia, Venezuela y Panamá hasta antes de la invasión norteamericana de esta última, en 1989, para detener al general Manuel Antonio Noriega. Esta política, terrible para los centroamericanos porque ahondaba las rencillas y divisiones partidistas de estos países, estimuló los alicios de unidad que han empezado a proliferar, tímidamente, en Centroamérica después de los acontecimientos internacionales que pusieron fin a la guerra fría, y del restablecimiento de la paz en Nicaragua y El Salvador.

Para concluir, Coatsworth se pregunta por qué una región que ha estado tan cerca de los Estados Unidos ha tenido conflictos tan crueles y sangrientos. Las dos interpretaciones que se han dado son insuficientes para explicar la naturaleza de los sucesos centroamericanos de 1960 a 1990. Es decir, la inestabilidad de la región no se debe a la movilización de agentes externos —la amenaza roja— ni a la pobreza e injusticia que predomina en la región. Según Coatsworth, los sucesos se encuentran vinculados a la larga historia de dominio norteamericano que limitó el desarrollo político y económico de las élites locales, a la vez que restó legitimidad a los gobiernos. Los Estados Unidos extralimitaron su poder y se permitieron manipular y someter a los gobiernos con tendencias democráticas, reacios al control norteamericano, mediante el apoyo a los regímenes militares. De hecho, la única forma de que Centroamérica pudiera desarrollar una vida independiente y más estable sería que sus gobiernos dejaran de ser Estados-clientes de los Estados Unidos, condición que depende de la “voluntad política” de Washington y no de dichos gobiernos.

No obstante, Coatsworth está convencido de que es posible que los países centroamericanos impulsen esa libertad fortaleciendo sus instituciones, ampliando sus mercados y la asistencia internacional de los países europeos y asiáticos, así como creando bloques regionales (con América Latina) y subregionales (en el

⁸ Para analizar la crisis de El Salvador, Coatsworth se basa en el estudio de Sara Gordon, 1989, *Crisis política y guerra en El Salvador*, Siglo XXI Editores, México.

Istmo), que impulsen el viejo anhelo de la federación centroamericana: la unidad como fuente de libertad y autodeterminación.

Marta Eugenia García Ugarte